



CAPÍTULO IV.

INSPIRACIÓN DEL HEXÁMERON.

ARTÍCULO I.

Audacia de los racionalistas en tener el Génesis por libro humano.—Autenticidad del Génesis.—Dios reveló á Adán el orden de las cosas criadas.—Teoría de Kurtz.—Moisés conoció la creación por la tradición oral y por documentos auténticos.—Veracidad de Moisés.—Las cosmogonías son confirmación del Génesis.—El Hexámeron no nació de las tradiciones babilónicas.

INCREFIBLE cosa fuera pensar con cuánta insolencia los enemigos de la católica verdad ponen sus bocas en la pureza de los libros de Moisés, si no los viésemos empleados en su descrédito, acusándolos unos de fraude y de mentira, otros achacándole doctrinas rateras ó exorbitantes supersticiones; éstos pintándole agudísimo invencionero, aquellos no queriendo ver en el Pentateuco más que símbolos y mitos; teniendo todos los racionalistas el Génesis por un libro humano, escrito sin intervención ninguna del Espíritu de Dios. Con esta avilantez pensaron eternizar sus bríos Eichhorn, De Wette, Draper, Ewald, Colenso, y otros de la misma laya.

Es este uno de los achaques más ordinarios en los críticos del día. Ejemplo el erudito M. Maspero¹, que, sin tener otro norte que las conclusiones de la crítica moderna, hasta llega á poner duda en la existencia de Moisés, y á

tener por mitos las narraciones del Génesis. ¿Qué autoridad pueden pretender estos escritores, si con tal de deslustrar el Génesis no reparan en dar fe á fantásticas extravagancias?

Conviene, pues, apoyar la verdad y el pleno crédito que nos merece la historia de la creación. Primeramente, el narrar Moisés en el Génesis cosas no vistas por él y puestas muy lejos de los humanos ojos, no deja de ser alguna prueba de haber sido favorecido de una extraordinaria asistencia de Dios para acertar en su escritura. Empero, fuera de la divina revelación, que al presente dejamos aparte, podía valerse de la tradición oral y de documentos que conservaban en pie la primitiva creencia. En lo que toca á la tradición oral, no puede ponerse en disputa sino que duraba en su tiempo vigorosa la memoria de tan esclarecidos sucesos, cuando aun hasta el día de hoy en muchos pueblos se ha perpetuado el recuerdo de la primera elevación y caída de la humanidad, como más adelante veremos. Corría puro el arroyo de aquella fuente original por las principales casas del pueblo hebreo, y se propagaba sin alteración ni riesgo, pregonando la verdad de la creación del mundo, la aparición sucesiva de los reinos naturales, y la formación del hombre y su primera consorte. Y cuán cierto y limpio manantial fuese éste de verdad, lo prueba pri-

mero el haber sido pocas cuanto ilustres las cabezas designadas para transmitir á los descendientes aquellos antiquísimos sucesos, cuya noticia había recibido el primer hombre de la misma boca de Dios.

No será aquí ocioso discurrir cómo le fué posible venir á ser sabedor de la verdad del Hexámeron. No fuera Adán poderoso á rastrear ni á sospechar el orden de la creación ni la substancia de las acaecidas obras, á no haber recibido de lo alto lumbre profética ó revelación inmediata, que le pusiese delante de los ojos aquellas cosas que por experiencia no podía vislumbrar. Porque de lo acontecido tanto tiempo antes no le era dable haber noticia cierta, si no se la daba el mismo Señor autor de lo criado; así como ningún escritor es dueño de historiar un suceso, si por vista de ojos propios ó ajenos no le llega el conocimiento de lo que emprende escribir. Pues como Dios fuese el único testigo presencial de los acontecimientos anteriores al primer hombre, y con su vista limpiísima penetrase todos los órdenes de seres pasados; ninguno sino él era bastante á informarle de la verdad de los hechos y á certificarle de tan maravillosos portentos. Así, por enseñanza de padres á hijos, supuesta esta primera revelación, vino Moisés en noticia de la historia del Génesis, tomándola en su más pura fuente.

Ahora el querer investigar más hasta el cabo de qué manera fué revelada al hombre la creación del mundo, es sudar por lo imposible, y ponerse á sabiendas en el peligro de despenharse. Sin embargo, un docto alemán⁴ ha propuesto una especulación, que, aunque tiene sus puntos flacos, como diremos luego, no deja de proporcionar alguna luz á nuestro intento. Á la manera, dice, que el Espíritu divino levantaba

la mente de los profetas sobre los límites del espacio y del tiempo, para que anteviesen como presentes y profetizasen las cosas futuras por intuición sobrenatural; por igual manera valióse Dios de la humana inteligencia para descubrir al hombre el decurso y orden de la creación, elevando su espíritu y retro trayendo su inteligencia á las edades remotísimas, y aguzando su mente para que contemplase las cosas hechas como si en su vista pasaran. «En tanto grado es esto verdad, añade el citado autor, que le basta abrir el Génesis y leer, para luego entender que más parece el historiador dar cuenta de lo que presenciaron sus ojos, que no referir lo que recibió de oídas; tanta es la viveza de la pintura y la sencillez del lenguaje que usa.» Esta explicación, que Kurtz adopta para demostrar cómo los días fueron revelados á Moisés, parécenos más acomodada para hacer ver cómo fué hecha la revelación de la historia geneiaca al primer padre del linaje humano. Porque si á Moisés, como en breve probamos, le fué inspirada la división de los días en orden á fundar la institución de la semana, más creíble parece que á Adán le fuera mostrada la creación con el orden de sucesos y partes de que se componía; y esta es la razón por qué las cosmogonías que en el cap. segundo se han traído, van entre sí y con Moisés tan uniformes en los puntos principales, que no pueden explicarse sin una fuente común de donde hayan derivado; y cierto, no es Moisés la fuente caudalosa, sino el más cristalino arroyo que de ella tomó sus aguas.

Quédese para los eruditos esta contienda: lo que hace más á nuestro propósito es demostrar cuán sin razón el bando racionalista ha dado en la flor de pintarnos el Génesis como un zurdido de fábulas novelescas, ó de simbólicas representaciones, ó de mitos

¹ Hist. ancienne des peuples de l'Orient, 4.^o édit.

⁴ Kurtz: La Biblia y la Astronomía.

inventados ó recogidos por Moisés para embelesar la credulidad hebrea. Hemos dicho ya cómo este sagrado escritor debió conocer con certeza la verdad de cuanto refiere. Los sucesos de la creación eran celebrados, gravísimos, dignos de eterno reconocimiento; y fuera imposible de todo punto enturbiar ó que viniese á menos el claro raudal que los hacía pasar á la memoria de los venideros. ¿Cómo, pues, podrá ser verdad ó que Moisés usase de fraude en la narración de los hechos, ó que los pueblos los ofuscasen con el humo de pasiones y mentiras, ó que los hebreos corrompiesen con amor á la gloria patria la puntualidad de los relatos tradicionales, cuando á la vista estaban y duraban con providencial economía los intérpretes de la verdad revelada? La tradición que Moisés encontró formada ya y constante entre los suyos, le sugirió certidumbre de las cosas más principales que dejó escritas. Las cosmogonías paganas, faltas de testigos auriculares, desprovistas de probanzas, sin auténtica procedencia, ninguna certeza podían inspirar, cuanto á sus pormenores, á los que las propagaban y glosaban.

Allégase la facilidad que tuvo Moisés en consultar monumentos que explicasen la tradición. Á no ser que quieran los racionalistas suponer que el diluvio universal fué tan aciago, que borró de la faz de la tierra todo rastro de humana industria: ¿cómo lo hacen creíble? Y si no acabó con todo, si quedaron en pie memorias genealógicas, cánticos, fragmentos de los antiguos patriarcas¹; si aun después del diluvio pudieron restituirse á la luz en escritos y monumentos las relaciones de los Padres, no queda linaje de duda que Moisés se halló asistido de subsidios bastantes para encauzar y hacer

¹ Núm. xxi, 14. — Jos., x, 13.

correr pura y limpia la histórica verdad. Y conviene distinguir aquí cuidadosamente los fragmentos, así llamados, de la verdadera obra de Moisés. Porque autores católicos hay que osan propalar sin empacho que Moisés no hizo sino compilar y poner en orden los documentos que á mano tuvo, de cuya compilación nació el sagrado volumen del Génesis y las otras partes del Pentateuco. Esta sentencia es por lo menos temeraria y capaz de desquilar la verdad de la divina inspiración. Porque si entienden estos autores que Moisés consultó fragmentos, deseo de dar más luz á las cosas de la tradición, no hay por qué poner mácula en sus intentos; así obraron muchos sagrados escritores¹; ni á la industria humana deroga la ilustración divina. Mas si pretenden que Moisés amontonó y taraceó en su libro, sin más tino ni discreción, los antedichos fragmentos así como sonaban en sus originales, aquí se recrecen entonces no pequeñas dificultades. Porque, ¿cómo y con qué razones se arrojan estos autores á defender su pretensión? Señalan las repeticiones de un mismo suceso, los títulos y conclusiones que con las narraciones van, las omisiones y huecos que en el Génesis se notan, las diferencias de estilo entre los primeros y últimos capítulos, y otras cosas de este jaez, con que tratan de hacernos ver cómo Moisés debió su Génesis á las piezas originales que halló, ordenó, cosió y compuso de arte que pareciese obra suya perfectísima.

Muy extrañamente se engañan si creen no poderse desatar tantas anomalías sin que parezca el hilván de los fragmentos. Á ninguno de los antiguos exégetas ocurrió tan peregrino proceder. Y de los modernos, ¿quién ignora por cuán opuestas vías andan en el

¹ Il Mach., II, 20; xv, 38. — Luc., I, 1.

defender ese mezquino sentir Astruc y Eichhorn, Ilgen y Jahn, Ewald y Colenso? Porque que en el Génesis reine unidad de plan, muy ciego debe ser quien claramente no lo vea. No es razón para negarlo la diversidad de documentos que andan sembrados en su contextura. El Génesis tiene á Moisés por autor, el cual, acudiendo á las fuentes originales entresacó las noticias y enseñanzas que le hacían al caso para componer su obra; y, guiando el soplo de Dios su pluma, recogió y dejó estampada la purísima verdad en el libro sagrado. Pudo muy bien acaecer que en el prohiar algún antiguo documento le conservase el estilo y composición sin retocarle; y de aquí podían haber nacido las diferencias de lenguaje, de nomenclatura y aun de cronología; pero cierto es que la unidad de designio y la unidad de autor relucen singularmente en todo el discurso del libro. Y cuán fácil respuesta tengan los reparos antes insinuados, lo verá, pues no es de este lugar darla, quien quisiere, en los libros de Introducción que de esta materia tratan¹.

Supuesto, pues, que Moisés pudo cotejar documentos auténticos, y con su ayuda extender el Hexámeron, nadie fundadamente dirá, ó que la ambición le hizo mentir, ó que la lisonja le aconsejó el arte de engañar, ó que la astucia le enseñó artificiosos aparatos, ó que la pasión le cegó para que pintase á su placer cosas raras y portentosas. Los acontecimientos eran notorios; ¿y pudo caber en pecho de hombre honrado valor para fingir, avilantez para osar, malquerer para embaucar, potestad para proejar contra las olas de la constante tradición? No; al suavisimo entre los hombres, al amigo del muy Alto, al legislador del pueblo escogido, no le faltó noticia y sinceridad

¹ URBALDO URBALDI: *Introd. in Sacr. Script.*, vol. I, thes. xxv. — CORNELIUS: *Course Sacr. Scrip. Introd. in lib. Vet. Test.*, 1887.

bastante para ser autor del Génesis.

Ni objeten los adversarios no hallarse escritor alguno en toda la antigüedad que haya mentado los hechos contenidos en el Génesis. Porque, ¿qué autor había de tomar en la boca cosas tan altísimamente encumbradas, si el padre de la historia, Heródoto, floreció diez siglos después de Moisés? si apenas queda memoria cierta de fragmento oriental escrito en época anterior á Moisés? si los únicos testimonios que han llegado hasta nosotros son las cosmogonías de las gentes paganas, de fecha incierta, aunque no muy antigua? y qué son ellas sino probanzas invictísimas y evidentiísimas de la narración de Moisés? Más: los indios, persas, fenicios, chinos, egipcios, germanos, griegos y otros pueblos sin número, que aun hoy en día celebran sus viejas tradiciones, han visto en ellas estampada la creación del mundo, esculpida la corrupción de la humanidad, grabado el diluvio universal, y han desdorado estos grandes acontecimientos con las vilezas del indigno panteísmo, con la fábula del hombre andrógino, con la estupidez de la generación espontánea y con otros muchos no menos vergonzosos relatos; y no es maravilla que Moisés contase con análogos documentos, y que los pesase, y emparejase, y expurgase, y acrisolase, y sacase resplandeciente la verdad con el favor é inspiración del cielo¹. No sin altísima razón el ilustrísimo y eruditísimo escritor Eusebio de Cesarea resumió con infinita paciencia los testimonios de Sanconiaton, Beroso, Abideno, Artapano, Eupólemo, Hesíodo, Hecateo, Maneton, Nicolás, Heródoto y otros vetustísimos escritores, para con sus dichos demostrar, cómo las muchas cosas que refieren tienen estrechísimo

¹ HURET: *Demonstrat. Evang.*, thes. IV, cap. IV.

parentesco y guardan orden perfecto con las referidas en el Pentateuco por la pluma de Moisés. Por manera, que su relación no es leyenda oriental, ni engendro de fábulas paganas; antes, por el contrario, las cosmogonías paganas no tienen sino muchos resabios de la tradición auténtica recogida en el Pentateuco.

Aquí será bien que deshagamos la calumnia levantada por los racionalistas contra la originalidad del Hexámeron mosaico. Dejemos á los que achacan á doctrinas persas ó mazdeitas la relación de Moisés: traer á examen sus razones, fuera publicar ciegas y disparatadas necedades. Pero otros pretenden apropiarse á los babilonios la invención de este relato; y para hacer más razonable su empeño, cuentan que cuando los semitas, ascendientes de Israel, andaban errantes por Harran, recibieron de los babilonios la substancia de este capítulo. Hemos citado más arriba ¹ la cosmogonía de Beroso. En esta última edad han sido halladas entre las ruinas del palacio de Asurbanipal (Ninive) unas tabletas cuneiformes, que refieren la creación en esta forma:

«En otro tiempo, lo de arriba no se apellidaba *cielo*, ni tenía nombre lo de abajo. De entrambos fué engendrado el abismo sin límites; y el caos de la mar fue madre de todos los seres. Sus aguas no concurrían en uno; las tinieblas no se habían disipado, ni había brotado rastro de vegetación. En otro tiempo no existían los dioses, ni había sido pronunciado nombre alguno, ni determinado ningún destino. Los dioses mayores fueron formados. Lumu y Lahamu fueron producidos, y crecieron. Los dioses Sar y Kisar fueron producidos. Pasó largo cuento de días, y los dioses Bel y Ea nacieron de Sar y de Kisar.»

¹ Cap. II.

Esto leemos en la primera tablilla, conforme lo han publicado los sabios Vigouroux ¹, Oppert ², Menant ³, Robert ⁴, Schrader ⁵, Sayce ⁶ y otros. Las tablillas 2.^a, 3.^a, 4.^a, 6.^a, 8.^a, faltan del todo, ni han sido descubiertas hasta el presente. En la 5.^a léese la formación de la luna, del sol y estrellas. La 7.^a cuenta la producción de los animales, casi al tenor del Génesis. Ninguna mención se hace de la creación del hombre. La existencia de dichas tabletas, según la opinión común, no es anterior al siglo VI (A. C.): si son traslados de documentos más antiguos, es contienda de los críticos; pero ninguno de ellos duda sino que Beroso representó mejor que los susodichos instrumentos las creencias de los babilonios.

Fáltanos ahora averiguar cómo los pastores semitas, que corrían por diversas tierras y vagueaban por el Asia, pudieron proceder á la enmienda de los relatos babilónicos y desbrozarlos del fárrago fabuloso que ciertamente contienen. Porque si hacemos estos documentos de época reciente y los ponemos en el siglo VI (A. C.), cosa cierta es que los caldeos los tomaron de los hebreos durante el largo cautiverio, á causa de la influencia que los israelitas tenían á la sazón en Babilonia. Pero si les damos más antigua fecha, no fué posible que los semitas los aprendiesen de los caldeos. Porque, por otorgamiento de los propios racionalistas, en tiempo de Abraham (2000 A. C.) los semitas poseían el Hexámeron tal como hoy le leemos, sin la división de días ⁷. Por otra parte, Taré, padre de Abraham, á fin de conservar ilesas las antiguas tradiciones recibidas

¹ La Bible et les découvertes, vol. 1.

² Fragments de Cosmog. chaldéenne.

³ Ninive et Babylone.

⁴ Origine du monde, par Metais, introd.

⁵ The cuneiform inscriptions and the Old Testament.

1. 1, p. 2.

⁶ Religion of the ancient Babylonians, lect. vi.

⁷ RENAN: Hist. du peuple d'Israel, t. 1, p. 77.

de la familia de Sem, recelo de tener asiento entre los caldeos, se retiró á Mesopotamia ¹, donde poder vacar con descanso al culto del verdadero Dios. ¿Cómo podía deber á los caldeos sus creencias, cuando, para no deberles ningún error, se esquivaba de su trato y conversación? Y lo que acaeció á Taré pasó después á Abraham, á Isaac, á Jacob, los cuales hubieron de extrañarse y emprender largos caminos, usando de diligencia, y teniendo gran medida en transmitir á sus hijos pura y sin mancilla la historia de la Creación.

En fin, los romances caldeos rebozan mitología y saben á politeísmo; y pues el politeísmo fué corruptela del monoteísmo, según que en el día de hoy es verdad corriente y llana, infiérese sin linaje de duda que las relaciones genealógicas, que contienen acrisolado monoteísmo, deban reputarse por anteriores á las babilónicas. No es este lugar de extendernos en la prosecución de este argumento, tratado muy á fondo por doctos y discretos escritores. De lo dicho concluyamos que el Génesis viene á ser un gran lienzo, en donde el inspirado Moisés supo juntar las genealogías y biografías de las familias patriarcales con los sucesos primitivos del mundo.

Muy á este propósito viene el testimonio de un varón, gran lustre de nuestro siglo, el P. Ángel Secchi, en una disertación inédita que leemos litografiada en la obra del P. Estanislao Ferrari, *Elementi di Astronomia* ², de 1883. Es como sigue: «Los más levantados conceptos los hallamos en el volumen más antiguo que posee la tradición, escrito en lenguaje no entendido, y que la ciencia moderna nos descifra cada día con mayor claridad. ¿Fué acaso este libro fruto de humana especulación, ó por ventura eco

¹ Gen., xi, 31.

² Vol. 1, p. 432.

de aquella primera ciencia de que fueron dotados los primeros progenitores, y que, transmitida á sus descendientes fué echada en olvido por el mundo pagano, y solamente custodiada en las tradiciones del pueblo escogido? No controvertiremos nosotros este punto en este lugar: solamente nos contentaremos con tratar este capítulo como monumento histórico que señala las más antiguas opiniones sobre el origen de las cosas. Lo cierto é indubitable es que, cual ningún otro escritor, Moisés, adiestrado no menos en las tradiciones de su pueblo que en las ciencias profanas, nos dibujó maravillosamente en breves líneas el orden de las operaciones físicas por donde pasó la materia hasta llegar á constituir el presente sistema cósmico; é hizo lo con tanto acierto, que, ni más ni menos, descubrió el sencillo desenvolvimiento de las leyes naturales que ahora conocemos ser propias de la materia. Hasta aquí el P. Secchi, quien cuidadosamente da á entender ser el Hexámeron parte de la revelación primitiva y auténtica obra de Moisés.

ARTÍCULO II.

Liviandad de los católicos que limitan la inspiración del Génesis, y distinguen partes inspiradas y partes no inspiradas en la Biblia.—Dichos y hechos de los santos Padres contra esta distinción.—Canonización del Génesis.—El Concilio Tridentino no conoció la inspiración limitada; el Concilio Vaticano renovó el decreto del Tridentino.—El Hexámeron es parte inspirada.—Otros inconvenientes de la inspiración partida.—Entereza de la inspiración bíblica.

Mas dejando en manos de su terquedad á estos adversarios, cuyas argucias se deshacen derechamente en los tratados de Sagrada Hermenéutica, tenemos delante otros escritores, que, católicos y todo, han dado cabida con su libertad de pensar á yerros claros sobre la ins-

piración del Hexámeron. Es sobremanera donosa la opinión del erudito Francisco Lenormant acerca de los primeros capítulos del Génesis¹. En su dictamen son éstos un como sumario de las antiguas tradiciones comunes á hebreos, caldeos y babilonios, que proceden de escritores legendarios, recogidas y ordenadas por el adalid del pueblo de Dios; quien, si tuvo inspiración divina para narrar cosas religiosas y sobrenaturales, careció de ella en la relación de sucesos históricos y científicos; así, al recopilar las leyendas de estos pueblos, despojándolas de los harapos del asqueroso politeísmo que redundaban, vistiólas con las galas de un riguroso monoteísmo, y las animó de un espíritu nuevo y sobrenatural, cuya empresa favoreció Dios con su inspiración santa, no permitiendo errase en el orden moral y religioso, dejándole, empero, en manos de su ingenio en lo natural y científico.

No han sido pocos, en estos desgraciados tiempos, los autores que, como Lenormant, han caído en la tentación de distinguir en la Biblia verdades sobrenaturales y verdades naturales, aquéllas inspiradas y éstas sin inspirar. Delante de todos caminó en el siglo xvi el malaventurado Erasmo; siguiéron en el actual sus pisadas De Pressensé², Holden³, Guizot⁴, Girodon⁵, Faye⁶ y otros, los cuales, en lo no tocante á fe y costumbres, en textos que se refieren á historia, cronología, astronomía, física y geología, creen poder negar la divina inspiración y estimar las Escrituras como obra puramente humana, expuesta á error y falsedad.

Nacióse á muchos católicos este

¹ *Les origines de l'histoire.*

² *Jésu-Christ, sa vie.*

³ *Div. fidei anal.*, l. 1, cap. v.

⁴ *Mémoires sur l'ess. de la relig.*, 1846, t. 1.

⁵ *L'univers*, Sept., 1884.

⁶ *Sur le origine du monde*, 1884.

prurito del horror de las dificultades. Contemplando atónitos la lozanía que ostentaban las ciencias naturales, sobrecojidos por las nieblas que envuelven ciertos pasajes de la Biblia, con su buen deseo de poner treguas y hacer alianzas entre ella y la ciencia, tentaron el vado, y quisieron persuadirse que, distinción hecha entre partes inspiradas y partes no inspiradas, atajarían disensiones y concertarían lo profano con lo sagrado pacíficamente. Por desgracia, esa diferencia nunca jamás la conoció la católica doctrina; extraña es, del campo enemigo es; ni los Padres ni los Doctores teólogos le dieron entrada en su escuela. San Jerónimo, en varios lugares de sus escritos, refiere que algunos en su tiempo la defendían; no eran, cierto, católicos; siempre la Iglesia universal mantuvo sin vacilar que todo lo que un autor sagrado ha escrito, ora toque directamente á fe y moral, ora frise con hechos naturales y científicos, todo es palabra de Dios, todo es prudente, todo augusto, todo sacrosanto.

En primer lugar, los Santos Padres, que han de sernos guías y maestros en este linaje de contiendas, con palabras ponderativas encarecen la inspiración de las divinas Escrituras, y excluyen de ellas todo posible error. «Nada hay en ellas inexacto, fingido ó inventado», dice san Clemente Romano. «Nada tienen de engañoso, depravado ni impuro», Orígenes. «No sólo carecen de falsedad en lo que á sabiendas anuncian, mas también en lo que por descuido profieren», san Agustín. «En las Escrituras no se halla cosa que esté por demás, ni indigna del autor, ni imperfecta; todo es excelso, razonable, divino», san Hilario. «Las Escrituras son perfectas, como dictadas por el

¹ *Ep. ad Cor.*

² *Contra Cels.*, iii.

³ *De Consensu Ewang.*, tomo ii.

⁴ *In Ps. XVIII.*

Verbo de Dios», san Ireneo. «En la Escritura se halla la triple filosofía, natural, racional y moral, que tanto estiman los sabios», san Ambrosio. «Nada contiene la Escritura que no encierre veneros de sentidos, pues los Profetas hablaron inspirados por divino Espíritu», san Crisóstomo. Finalmente, por no vaciar aquí los volúmenes de los Santos, es de gran peso este aviso que daba Orígenes á su discípulo san Gregorio Taumaturgo. «Tú, pues, hijo, ocúpate en la lección de las divinas Escrituras; pero pon atención, porque los que leemos las cosas divinas hemos de andar con cautela, por no decir ó sentir acerca de ellas inconsideradamente en alguna materia; atendiendo, pues, tú á la sagrada lección, llama á la puerta con fiel y pura intención, y el portero te abrirá el sentido de lo oculto y encerrado».

Á este tenor y con esta claridad hablaron los sapientísimos doctores de la Iglesia, litigando animosos por la divinidad de las santas Escrituras. Cuando los herejes poníanles delante y amontonaban contradicciones, y gritaban acusaciones so pretexto de volver por la dignidad de las ciencias, ¿cómo respondían ellos, y les cortaban las alas de los argumentos? ¿Olvidábase acaso de la reverencia que debían á la palabra de Dios? ¿Descabalaban los capítulos? ¿Los entrapaban? ¿Los obscurecían? ¿Consentían distinciones entre textos de ciencia y textos de fe? No; asentado el fundamento que el sagrado libro es palabra divina, calificaban de palabra humana y falible la que con la escrita y definida no tenía consonancia. San Agustín, que por experiencia conocía cuán tejida estaba de obscurísimas dificultades la Escritura, dictaba esta sabia

regla de interpretación: «Explicun, decía, como les plazca con documentos verídicos los hombres amigos de calumniar, nuestros libros; demostrémosles nosotros también que no hacen sus razones contra nuestras Escrituras. Y si llegaren á concluir algo en sus discursos que les sea realmente opuesto, hagámosles nosotros ver con la ciencia, ó siquiera con la fe, que van de todo punto errados». De donde concluyamos que no estriba en la autoridad de los Santos Padres la inspiración limitada y partida de los modernos comentaristas.

Ahora, si tomando el agua de más arriba, inquirimos qué reputación gozó el Génesis en todos los siglos, hallaremos un nuevo argumento contra los que quisieran deshacer su autoridad. Porque el mismo Moisés empezó á mostrar el aprecio que de él hacía cuando entregó á los Levitas todo el *Pentateuco*, para que cada siete años le leyesen y tuviesen la reverencia que á libros sagrados convenía. Antes del repartimiento de los reinos de Judá y de Israel, y aun antes del cautiverio de Babilonia, juntáronse en uno los libros canónicos; y si se duda que algunos, como los Proverbios, los Salmos, los Vaticanos de Jeremías, entrasen en la lista de este sagrado canon, nunca fué dudoso el libro del Génesis, por ser el primero y más legítimo de todos. Más adelante, en tiempo de Esdras, después de la cautividad de Babilonia, recogiéronse de nuevo los libros protocanónicos, y formaron el canon Esdrino ó sea Palestínense. Luego el canon Alejandro añadió á los protocanónicos los deuterocanónicos, sin que sepamos á punto fijo con qué autoridad se hizo esa añadidura; mas es cierto que el Salvador del mundo y sus Apóstoles tuvieron este canon por bueno, y le dejaron en

¹ *Advers. Har.*, l. ii.

² *Prolog. in Luc.*

³ *Hom. LXXI in Genes.*

⁴ *Epíst. ad Gregor. Neocos.*, 3.

¹ *De Genes. ad litter.*, l. 1, cap. xxx.

² *Deut.*, xxx, 9.

depósito al cuidado de la Iglesia. En los tres primeros siglos guardó ella religiosamente, hasta que en el siglo iv nació duda en algunos ánimos, y no poca confusión acerca de ciertos libros; pero pronto se desvaneció, pasado el siglo v, quedando la Iglesia oriental y occidental en unánime sentir sobre la canonicidad de los libros Santos. Finalmente, los Concilios universales Florentino y Tridentino, decretada la autoridad divina de los deuterocanónicos, hicieron desaparecer toda nubecilla de sospecha. Pues en esta historia del canon sagrado, aunque se disputó por algunos escritores eclesiásticos y Padres de la Iglesia la inspiración y canonicidad de tal cual libro, nunca ningún siglo levantó sombra de mancilla al Génesis, ni hubo en la Iglesia y en la sinagoga dificultad en abrazarle por canónico y divinamente inspirado; siempre ocupó el lugar de preferencia y encabezó el catálogo de las sagradas Escrituras.

Mas aunque el Concilio de Trento trató largamente del objeto de la verdad revelada que se contiene en la Escritura y en la Tradición, sin definir derechamente la inspiración de los libros divinos; con todo eso, nunca pensaron aquellos doctísimos varones que cupiesen textos en la Biblia indiferentes á la fe y á la moral. «Solamente significan, dice bien el escriturario P. Brucker, que cuando los santos Padres y Doctores de la Iglesia, de común acuerdo, dan á ciertos lugares interpretación dogmática ó moral, debe ser ella tenida por firme y valedera, y por falsa la contraria. Mas nunca prohibió el Concilio que se diese á un texto interpretación científica ó histórica contra la que abrazaron los santos Padres, puesto caso que no tuviese que ver con la moral ó el dogma, porque la interpretación científica (cuando verdaderamente lo es) en nada perjudica á la fe ni á la moral, y la Iglesia

está muy lejos de poner trabas sin necesidad¹.» De aquí es que los Concilios no aplaudieron ni consintieron la inspiración circunscrita, ni la trataron tampoco; definieron la inspiración sencillamente, declarando sin rebozo, como el Vaticano declaró, que las Escrituras tienen á Dios por autor. Sus palabras son éstas: «No que hayan sido estos libros compuestos con sola humana industria..., sino porque habiendo sido escritos por inspiración del Espíritu Santo², tienen á Dios por autor³.» ¿Y cómo sería Dios su autor si parte de ellos fuera obra puramente humana?

Viniendo más al particular, el Concilio de Trento decretó que «los libros todos han de tenerse por sagrados y canónicos, cum omnibus suis partibus, conforme es costumbre leerlos en la Iglesia católica y se tienen en la Vulgata antigua». ¿De qué partes hablan los Padres Tridentinos? En el siglo xvi muchos teólogos, españoles mayormente, se inclinaban á las partes mínimas, aun versículos y palabras de la Vulgata, teniéndola por tan sacrosanta, que ni yerro ni lunar de imperfección creían en ella posible. No solamente la juzgaban exenta de tachas; también la respetaban por única fuente de revelación y por la sola capaz de corroborar el dogma. No obstante, el P. Alonso Salmerón, que fué teólogo pontificio en el mismo sacrosanto Concilio, declaró que «es permitido emplear la lección varia del texto griego y hebreo por verdadero texto bíblico y hábil para confirmar los dogmas de la fe⁴». Cuanto á la inteligencia de las partes, quisieron los Padres Tridentinos derechamente adargar con su decreto y asegurar aquellos versículos del Nuevo Testamento que los herejes

¹ La Controverse, 1884, p. 537.

² Spiritu Sancto inspirante conscripti.

³ Const. dogm. De fide: cap. II De Revelat.

⁴ Comment. in Evangel. hist., prolegom. III.

refutaban, y de camino afianzar las partes deuterocanónicas y otras porciones del Testamento Viejo que atañen á la substancial entereza de los libros sagrados.

Y aunque el decreto hablaba de suyo y en todo rigor de los textos que se refieren á la fe y á las costumbres, también quiso comprender en su amplitud aquellas partes que hacen entero el libro sagrado. El Concilio Vaticano, en su Constitución *Dei Filius*¹, no hizo sino refrescar las condiciones impuestas por el Tridentino. De donde resulta que con toda seguridad puede el católico usar del texto de la Vulgata, como fuente de revelación, sin que le esté vedado valerse del texto original y de las versiones antiguas para autorizar el dogma; antes bien, si la Vulgata conviniese con el original de manera que quedase su sentido obscuro ó ambiguo, puede el teólogo recurrir al original y antiguas versiones, donde se expongan más claramente los conceptos, y desvanecer con su resplandor los lugares oscuros y ambiguos de la Vulgata. No es tan perfecta por sus cabales la traslación Vulgata que deba ser declarada por conforme al original en todos sus puntos, donde no ocurriese verdad dogmática; pero en los textos dogmáticos van tan conformes ella y la escritura original, que lo enunciado por ésta no se niega por aquélla, ni se le opone, ni se exprime de distinto modo, dado caso que pueda sospecharse yerro de traducción que no altere lo substancial del dogma².

Determinando el cardenal Franzelin, muy eminente teólogo, las partes de la Biblia, no le parece bien que se signifique por ellas sólo fragmentos enteros deuterocanónicos del Antiguo Testamento, pues que el Concilio entendió partes los pasajes de alguna importan-

cia que ayudan á formar libro, y sin las cuales fuera él manco ó imperfecto. Si, pues, se contiene en la Vulgata un lugar que sea leído en la Iglesia católica, dogmático ó no dogmático, ha de venerarse como inspirado; en la inteligencia de que si es frase, versículo ó texto breve, que no tenga respecto á la fe ni á la moral, la Iglesia nada decreta acerca de su sentido, y la crítica de los sabios ha de juzgarle por el uso que hicieron los Padres y según las reglas de la hermenéutica. Si, llevada por estos trámites, la interpretación que resultare no satisface á los principios de la ciencia, no es fuerza darla cabida; que por esta razón la Iglesia deja en libertad al católico escritor sobre la cronología bíblica en que los Setenta, el hebreo y el samaritano andan desacordes³.

De aquí nace que los que distinguen entre doctrina revelada y ciencia natural, y otorgan que la Escritura es inspirada en los textos dogmáticos y morales y no en otros que eso no son, ya que no pasen por herejes notables, parece caminan sin apoyo teológico, á riesgo de resbalar y dar al través con su fe. Porque las cosas que no concierne á la revelación de una manera directa, trábanse con ella por otras vías, en cuanto la verdad de las unas hace más creíble la verdad de las otras. Y así, todas las partes de la Biblia son santa palabra de Dios y expresiones de las ideas del Verbo Eterno.

Es incomparable á nuestro propósito la distinción de Santo Tomás, que tocamos arriba⁴, entre verdades reveladas ó inspiradas *per se et propter se*, y verdades reveladas ó inspiradas *per accidens et propter aliud*⁵. Porque, como decíamos, unas cosas se estamparon en las santas Escrituras por per-

¹ P. JOS. CORLUV: *Étud. relig.*, 1876.—*La Controverse*, 1885.

² Cap. III, art. 3.º

³ II 2.º, q. 1, a. 6.

⁴ Cap. II De Revel., can. 4.

⁵ CARD. FRANZELIN: *De S. Scriptur.*, th. XIX.

tener al orden sobrenatural de su propia naturaleza; pero otras hay que, aunque se enlacen con las primeras histórica y lógicamente, de por sí son del orden natural. Ambas suertes de verdades fueron escritas por inspiración de Dios; las sobrenaturales, porque de su propiedad pertenecen á la fe ó á la moral; las naturales, porque relacionándose con aquéllas, quiso el Señor que constasen escritas como dictadas por él. Hablando de esta preciosa diferencia, el cardenal Franzelin dice muy discretamente: «Esta distinción no ha de entenderse, ni se entendió en ningún tiempo en la Iglesia de Dios, cual si unas cosas las propusieran las Escrituras por palabra de Dios infalible, y otras por palabra humana falible: no; unas y otras son reveladas ó inspiradas por Dios, aunque en diferente concepto». De donde se sigue que no ha lugar la separación que los modernos imaginan. Pues siendo la Iglesia católica la única depositaria que tiene á su cargo este rico tesoro, ¿á quién sino á su autoridad compete hacer la distinción? Y no haciéndola ella, es temeraria presunción pensar que esa distinción sea plausible».

No repliquen los contrarios que en cosas livianas que no atañen á la salvación, el ser falsas no hace ni deshace; que aun la Iglesia en cosas de poca monta puede errar, ya que no en las mayores, como tienen gravísimos teólogos. No repliquen eso los adversarios, ni quieran porfiar contra la verdad. ¿Qué respondería Lenormant á un racionalista que enseñase, que Moisés y los Profetas y los Evangelistas escribieron ni más ni menos al tono de Heródoto, Diodoro Sículo, Jenofonte y otros historiadores, inventando patrañas y adornando historias con sabrosas consejas? ¿Cómo al racionalista le persuadiría el ilustrado escritor la

¹ *Traité de div. tradit.*, 1875, p. 734.

² P. BEUCKER: *La Controverse*, 1884.

verdad de la resurrección de Jesucristo, que es el suceso más esplendoroso de toda la Biblia? No saldría con su demanda. Además, grandísimo embrazo nacería de semejante opinión. Porque, ¿cómo distinguiría y con qué criterio deslindaría las cosas graves y las livianas, especialmente en las relaciones históricas? ¿Cómo dividiría la obra humana y mal segura de la divina y digna fe? Finalmente, para valernos del argumento con que el Padre Maestro Cano, doctor muy célebre y grande gloria de su religión, estrechaba á los adversarios en su precioso libro de *Lugares Teológicos*: «Si quisiéramos corroborar una verdad con testimonios de las divinas Letras, sería muy de temer que los defensores de la opinión que combatimos se amparasen y hurtasen el cuerpo, con la razón de que el autor de aquella Escritura en el lugar por nosotros alegado habló de propia cosecha y no movido por el soplo de Dios. Así tendríamos que casi ningún testimonio escritural sería firme y poderoso para debelar los herejes. Por tanto, apartemos de tales discursos á los que con errónea sentencia le quitan á la Escritura todo su vigor y autoridad, y confesemos lisamente que todas las cosas, grandes y pequeñas, fueron escritas por los sagrados autores con el soplo del Espíritu Santo. Esto hemos recibido de los Padres; y esto vemos impreso y esculpido en los ánimos de los fieles; esto es lo que nosotros debemos guardar y defender, mayormente teniendo á la Iglesia por maestra y guía.» Hasta aquí el P. Maestro Cano.

Por último, muchas relaciones fueron escritas por los autores sagrados, de que no hubieron menester expresa revelación; ni debemos creer que por inmediata noticia del Espíritu Santo dejarán escritas cosas que por lumbre

³ Lib. II, cap. XVII.

natural alcanzaron, ó por vista de ojos ó de oídas pudieron adquirir; aunque si hemos de aseverar que no andaban sin tino en su Escritura, sino que Dios dirigía el vuelo de su pluma para que no tropezasen en yerro alguno, como si cuanto escriban se lo diera hecho el Espíritu divino. Pues si aun cosas naturales y que percibían por sus sentidos, no se pusieron á escribirlas sin ser llevados por el soplo del cielo, que los apartase de error; con mayor razón diremos que no le faltó á Moisés la asistencia y favor celeste, para poner por escrito cosas infinitamente dilatadas sobre la jurisdicción de los sentidos y sobre la esfera de la razón humana, como las que en el Hexámeron se refieren. Así como privilegio de la Iglesia es no errar en lo que enseña, privilegio también es del escritor divino no errar en lo que escribe, pues que en el mismo Dios se refundiría el error de la Escritura.

No sin altísima razón, pues, la Santidad de León XIII, en 13 de Diciembre de 1887, condenó y proscribió la obra de Lenormant *Les origines de l'histoire*, en que se propugna la opinión que acabamos de refutar. El autor en el trance de la muerte laudablemente declaró reprobado todo aquello que en sus escritos mereciese la censura de la santa Iglesia.

ARTÍCULO III.

La obra de Dios y la obra del hombre en la inspiración bíblica.—Pruébase la inspiración del Hexámeron.—Testimonios de los naturalistas en pro de la inspiración del Génesis.—Reglas prácticas del expositor y del naturalista.

Esto no obstante, podemos reconocer que en el Génesis, como en todos los libros sagrados, tiene su parte la industria humana. Dios revela ó impele al hombre á narrar las noticias reveladas, ó le

mueve á poner por escrito los secretos que su divina Majestad quiere al mundo descubrir. El hombre, ayudado de la particular asistencia de Dios, concibe el pensamiento divino al estilo humano con sus potencias limitadas; escoge en seguida la propiedad de las voces que que presentar la idea inspirada, atiende al vigor de las sentencias, traza el diseño de la preventiva materia, y emplea en su composición la elocuencia acomodada para dar realce y encumbrar el divino concepto. Lo principal es la idea, lo material el traje que se ofrece á los ojos del lector. La inspiración se cifra en la sola idea; lo demás, estructura gramatical de vocablos, artificio retórico, forma poética, es obra privativa del hombre, no sin asistir el céfiro del favor celeste en orden á la fiel expresión de la sentencia. Oportunamente dice el Doctor eximio P. Francisco Suárez: «Cuando el autor canónico escribe cosas que en sí son humanas y del dominio de los sentidos, parece bastar que el Espíritu Santo le asista con especial cuidado y le guarde de error y falsedad, y de todas aquellas palabras que no conviene que diga ó que no cuadran bien con aquella Escritura, apartando con particular providencia todos los objetos que pudieran despertar conceptos de tales palabras, y permitiendo en las demás que el escritor se sirva de su memoria, y de sus especies y de su diligencia en escribir».

Á la verdad, el escritor, en calidad de tal, discurre como el común de los hombres, concibiendo primero las cosas y empleando para representarlas un lenguaje adaptado á su intento y á la capacidad de los lectores. Así también los hagiógrafos concibieron primero los pensamientos, según que el Espíritu Santo se los inspiró, y para darles forma y ponerlos al alcance del vulgo,

¹ *De fide*, disp. V, sect. III.

para quien escribían, usaron lenguaje trillado y común, «que tomado á la letra», dice el P. Corluy, podrá ser insuficiente para contentar el deseo de los hombres científicos; pero la imperfección viene del hombre, no del Espíritu Santo, que sugirió la sentencia, y no la expresión de ella ». Tal vez el autor presente la noción inspirada, con poca destreza, sin aliño, sin claridad, y parezca proponer muy otra cosa, ó ni aun rastrear el intento y significación de sus vocablos; y, con todo, allí está entrañada y encendida la llama de la divina inspiración, como brasa en frío rescoldo. En este caso, al comentarador toca seguir la acepción obvia, amplia y común de la frase, como no haya razones para tildar de impropia la expresión material, de cuya impropiedad la calificación es del señorío de la Iglesia católica, y si ésta calla y consiente, queda en poder de la verdadera ciencia ».

No se opone lo dicho la máxima de san Agustín, que dice: «Por el hombre habla Dios al estilo de los hombres ». Porque una cosa es que las santas Escrituras hablen como el vulgo, aun de los sabios; otra que hablen falsedad. «No queremos afirmar», dice el P. Brucker, que los escritores canónicos poseyesen en general más conocimientos científicos que sus contemporáneos, puesto caso que así lo juzguen muchos Doctores de la Iglesia; lo que decimos es que sus palabras no encierran ideas erróneas en materias científicas, porque de ello sería Dios el autor ». No escriben á lo sabio, pero sí la sabia verdad; aseveran, no filosofan; y en lo que aseveran y no filosofan, nunca dan contra los principios de la sana filosofía.

El espíritu de Dios no escogió para el oficio de escritores á retóricos dis-

¹ La Controverse, Mai, 1885.

² SCHMID: De insp. Bibl. vi et rationale, 1885.

³ De Civit. Dei, l. xxii, cap. vi.

curistas, que, hurtándose al ordinario modo de hablar, atendiesen al sonido y gentil parlería, y á llenar los oídos con la ambición del gallardo estilo; sino á hombres humildes, que, aun sin hallarse faltos de literatura, dejasen correr la pluma por camino llano y derecho. No los movió la santa inspiración á explayarse en atrevidas especulaciones, ni los incitó á desarbozar causas de sucesos naturales, ni alentó sus ingenios á razonar largamente en la materia que trataban, ni á levantar su oración por rumbos científicos y curiosos; sino á exponer breve y comprensivamente los hechos, sin pasar la raya de la locución usada por el común de los hombres. Si á veces, como en Ezequiel y Job vemos, se embosca la pluma y hace estrada por cumbres y desvíos, y parece buscar y amar la excelsitud de los precipicios; no sin razón usa el Espíritu Santo estas soberanas trazas, y sublima la mente del Profeta á tanta alteza, para que, sudando los ingenios en la inteligencia de sus escondidas sendas, aprendan principalmente á rendirse y adorar la autoridad de aquel misterioso lenguaje.

Sabiamente lo dió á entender el glorioso san Agustín por estas magníficas palabras: «Venera la Escritura de Dios; venera la palabra de Dios, aunque no sea clara; amplifica su inteligencia con tu piedad y devoción. No quieras ser contumaz; no echas la culpa á la obscuridad ni á lo intrincado de la letra. Nada hay en ella de intrincado; de obscuro algo hay, no que se te niegue, sino con que se te ejercite el deseo de saber. Y así cuando no ves, aquel médico hace que llares, quiere que te esfuerces llamando, quiere abrir la puerta á tus voces. Llamando te adiestrarás; adiestrándote harás te paciente, y así recibirás dones. No llares, pues, á mal que se te cierre la puerta; no hagas mala cara á las

cosas obscuras; no digas: mejor se diría así ó así. ¿Cuándo puedes tú definir ó juzgar cómo se había de decir? Díjose como era razón que se dijese. No vaya el enfermo á enmendar la medicina; harto sabe el médico modificarla; cree tú al que te cura ». Interpretando el mismo santo Padre otro salmo, dice por esta galana manera: «Confieso que á los libros llamados canónicos tengo tanta veneración y respeto, que estoy segurísimo que ninguno de sus autores erró en lo más mínimo. Y si alguna cosa hay en ellos que parezca contraria á la verdad, no tengo empacho de declarar, ó que el códice tiene erratas, ó que no alcanzó el traductor lo que se dijo, ó que yo no entiendo palabra ».

Tiempo es ya que descendamos, para dejar probada la inspiración del Hexámeron, á razones particulares, con que quede manifiesto haber sido este capítulo inspirado y escrito con el divino favor; de suerte que la especial asistencia del soberano Espíritu preservara de todo yerro al escritor, sin que sufriese zozobra, ni torciese ni se deslustrase la histórica verdad. Así lo entendieron los judíos, mayormente viendo confirmada con el esplendor de tan grandes milagros la misión de Moisés, viniendo por aquí á inferir que mal podía haber errado en la escritura quien era ministro de Dios en obras tan poderosas; y como además le tuviesen por insigne profeta, y discurren con la autoridad con que vaticinaba, con esa misma escribía, no repararon, antes pusieron sumo empeño en dar principio al canon de libros divinamente inspirados con este primer capítulo, norte y guía de todo el Antiguo Testamento. Aunantes de la sucesión de las diez tribus, y mucho antes del cautiverio de Babilonia,

¹ In Psalm. clxvi, 6.

² In Psalm. cxviii. — Contra Faust., n. 2. — Ad Hieros., ep. 82. — Serm. xxxi.

andaba la ley, ó sea el Pentateuco, en predicamento de libro inspirado; y esto no solamente confiesan y predicaban Josefo ¹, Filon ², Alejandro Polyhistor ³, Eupólemo ⁴, Hecateo ⁵, sino que los mismos hagiógrafos del Viejo Testamento lo declaran y testifican, ora reproduciendo con frecuencia los versículos del Hexámeron, ora haciendo referencias claras á su sentido, demostrando estetestimonio la grande estima en que era tenida la autoridad de Moisés ⁶.

Pero quien con plena y absoluta calificación corroboró la creencia y tradición de los judíos, y autorizó incomparablemente la inspiración del Génesis, fué Cristo nuestro Salvador en el sagrado Evangelio. Porque no contento con levantar á grande honra el libro de Moisés, la ley de Moisés, los mandamientos de Moisés, los escritos de Moisés ⁷, y con hacerle soberano entre los antiguos escritores; quiso expresamente tomar en su boca adorable el Hexámeron, y consagrar la autoridad del escritor con su divina sentencia. «¿No habéis leído, el que hizo al principio al hombre, varón y hembra los hizo? » Las cuales son palabras de nuestro Génesis ⁸, engrandecidas é ilustradas por los labios del Hombre-Dios. Un poco más abajo repeta aquel versículo ⁹: «Por lo cual dejará el hombre padre y madre, y se juntará con su mujer, y ambos serán una carne ». Así que el Salvador del mundo, de tal ma-

¹ Contra Apion., l. 1, 8.

² Vita Moysis, n. 39.

³ Euseb. Prepar. Evangel., ix, 26.

⁴ Ibid.

⁵ Ibid.

⁶ Psalm. xxxiii, 6, 9; lviii, 12; cxxxv, 5, 7; cxlvi, 4. — Eccli., xvii, 1; xviii, 1. — Jer., x, 12; Isa. 15. — Sap., ii, 23. — Is., xlv, 7.

⁷ Math., vii, 4; xv, 3, 6; xix, 8; Marc., i, 44; vii, 10; x, 5; xii, 26. — Luc., v, 14; xv, 37; xlv, 27; 44. — Jo., v, 39; 45; xi, 46; xii, 22.

⁸ 1, 27.

⁹ Math., xix, 4. — Marc., x, 6.

¹⁰ Gen., n. 24.

nera habló de Moisés, que le conceptuó divinamente inspirado en la Escritura del Hexámeron, y digno de alta estima.

Los Apóstoles y Evangelistas no salieron un punto de las enseñanzas tradicionales. San Pablo, predicando á los atenienses¹, cita el primer verso del Génesis, y lo mismo hace á los licaonios²; á los hebreos, recuérdales el *fiat lux*³ y el descanso del Señor⁴; á los corintios pónelos delante⁵ la animación del primer hombre⁶ y la unidad del matrimonio⁷, fundándola en el propio Génesis⁸; en fin, á los mismos corintios⁹ pintaes con rasgo sublime la imagen de Dios que brilló en la creación del hombre¹⁰. Los demás Apóstoles en sus epístolas, ya que no nombren terminantemente versículos del Hexámeron, traen y comentan otros sin cuento del Génesis, rindiéndole aquella veneración que á libro inspirado conviene.

La Iglesia primitiva, enseñada por los Apóstoles, acató con profundo respeto y contó el volumen del Génesis, y en particular el Hexámeron, entre los libros canónicos y divinos. Á este agosto capítulo, como á baluarte firmísimo, se acogían los apologistas para dar en rostro á los gentiles con su materia eterna, y probarles que el mundo había tenido principio y reconocía á Dios por autor. En solo el primer versículo estribaban aquellos denodados escritores, y hallaban irrefutables argumentos contra el hylozoísmo, dualismo, emanatismo, panteísmo, que llenaban y corrompían los libros de la filosofía pagana. Atenédgo-

¹ Act., xvii, 24.

² Act., xix, 4.

³ Hebr., xi, 3.

⁴ *Ibid.*, iv, 4.

⁵ I Cor., xv, 45.

⁶ Gen., ii, 7.

⁷ I Cor., vi, 16.—Ephes., v, 31.

⁸ II, 24.

⁹ III, 10.

¹⁰ Gen., i, 26.

ras¹, Lactancio², Tertuliano³, san Ireneo⁴, san Justino⁵, Julio Firmico⁶, Orígenes⁷, san Efrén⁸, san Teófilo⁹, san Basilio¹⁰, san Zenón¹¹, san Hilario¹², Eusebio de Cesárea¹³ y otros inúmeros, con tener en muchos libros de la Escritura razones con que confutar los errores de la gentilidad, con el primer versículo del Génesis, como con escudo trenzado, se abroquelaban y dejaban postrada la arrogancia de sus adversarios. Bien comprendió el sentir de estos varones belicosos el racionalista De Wette, cuando dijo: «Los cristianos de los primeros siglos, por cuanto sólo podían leer las Escrituras en la versión alejandrina, todos los libros en ella contenidos los juzgaban por sagrados y divinos sin linaje de duda¹⁴».

Y en este dictamen y aprobación perseveró la Iglesia oriental y occidental en los siglos posteriores. El Concilio de Nicea (325), El Concilio de Hipona (393), los Concilios de Cartago 3.^º y 6.^º (397, 419), Inocencio I¹⁵, los Concilios de Laodicéa (343, 381), y, pasando en blanco los siglos medios, los Concilios Florentino¹⁶, Tridentino¹⁷, Vaticano¹⁸, aprobaron el canon de libros Sagrados, en donde llevó

¹ *Legat. pro Christo.*

² *De orig. erroris*, cap. ix.—*De falsa relig.*, lib. I.

³ *De Præscript.*, cap. xii.—*Adv. Marcion.*, l. I, cap. x.

⁴ *Advers. hæres.*, lib. I, cap. xxii; lib. II, cap. xxviii; lib. III, cap. viii.

⁵ *Exhort. ad Græc.*

⁶ *De errore profan. relig.*, cap. I.

⁷ *De Princip.*—*In Genes.*

⁸ *In Genes.*, cap. I.

⁹ *Ad Autolyt.*, lib. II.

¹⁰ *Hom. I.*, *in Genes.*

¹¹ Lib. II, *Tract. II*, *De Genes.*

¹² *De Trinit.*, lib. XII.

¹³ *Præp. Evang.*, lib. X, cap. vi.

¹⁴ *Introd.*, § 25.

¹⁵ *Epist. ad Exuper. Tolos.*

¹⁶ *Decret. ad Jacob.*

¹⁷ *Sess. 4.*

¹⁸ *De Revel.*, can. IV.

siempre la delantera el Hexámeron de Moisés, calificándole de divino y celestialmente inspirado.

Esta universal doctrina ha sido loablemente profesada por los naturalistas y geólogos más señalados de nuestra edad. Sea el primero el inmortal Linnéo. «Está literalmente demostrado, decía, que Moisés escribió, ni pudo ser otra cosa, dictándole las palabras el autor de la naturaleza, y no por su propio ingenio ó por razones humanas¹».—Marcelo de Serres, celebrado con reverencia de sus contemporáneos, «Hemos tomado, decía, la pluma para demostrar que Moisés, mirado como hombre ordinario, nos dejó escrita una cosmogonía de extremada exactitud. Es imposible que diera en el blanco tan acertadamente, á no haber sido inspirado por Dios²».—También el varón de grande ingenio, Demerson, «No podemos, decía, admirar bastantemente el singular orden del Génesis y la perfecta armonía que hace con las nociones más sanas de la Geología positiva. ¡Cuánto respeto no debemos á este inspirado historiador!³».

—El celeberrimo maestro de ciencias naturales, Neréó Boubée, citado más arriba, sin poderse ir á la mano, escribía: «Somos forzados á conceder que algo hay en ese libro que no vemos, que no conocemos, que nos necesita irremisiblemente al aspeamiento⁴». Excusado trabajo es continuar los testimonios de Ampère, Chaubard, Bertrand, Champollion, Remusat, Rochette, Arago, Ferussac, Beudant, Humboldt, y tantos otros varones eruditísimos en ciencias humanas, ornamentos y lumbreras del mundo sabio, quienes rendidos á la evidencia de las cosas, inclinan sus gravísimas frentes á la majestad de Moisés, reconociendo en

su Hexámeron el sello de la divina inspiración⁵.

Pero no podemos hacer el sacrificio de una ilustre proeza. Persuadidos de la fuerza de esta verdad doscientos sabios reunidos en 1864, tuvieron por gloria declarar que «era imposible que la palabra de Dios, tal cual está escrita en los Libros Santos, tuviese oposición con la que está estampada en el gran libro de la naturaleza, por muy diversas que parezcan⁶». Y un erudito escritor, el abate Moigno, haciéndose el eco de esta gloriosa declaración, prorrumpe en esta formal protesta: «Me atrevo á defender, como Ampère y Marcelo de Serres, tanta es mi persuasión, que la ciencia natural de las divinas Escrituras presupone á veces, ya que no una revelación venida de lo alto, al menos un golpe de vista tal que cubra los misterios de la naturaleza, lánzase en las tinieblas que los rodean, y sirve de inspiración para comunicar á los hombres destellos de la eterna verdad. Los libros sagrados, en multitud de lugares, refieren hechos en términos tan extraordinarios, que parecen insinuar teorías tocantes á ciencias naturales, á cosmogonía, etnología, astronomía, física, química, meteorología, historia natural, geografía, historia: y yo tomo á cargo demostrar cómo todas sus sabrosísimas páginas están tan henchidas de majestad y verdad, tan en harmonía con los oráculos de la ciencia, que no es posible dejar de tenerlas por divinamente inspiradas⁷».

De estas premisas claras y generales podemos descender á una consecuencia más particular, útil y necesaria. Siendo la sagrada Escritura palabra de Dios y fuente de verdad, toda interpretación que saque falsas sus expresiones ó suponga en ellas error, ha de

¹ *Curiol. natur.*, § 6.

² *Cosmog. de Moises*, 2.^a edic., t. I, p. 222.

³ *Hist. natur. du globe terrestre*, 1829, p. 408.

⁴ *Manual de Geolog.*, 3.^a edic., p. 62.

⁵ *Diction. des Apol. involont.*, t. I, art. *Genèse*.

⁶ *Ing. Albenbaum*: sept. 1664.

⁷ *Les Splend.*, t. I, l. II, chap. I.

estar muy ajena del intérprete cristiano. Por la misma razón debe ser desechada aquella glosa ó explicación que insinúe pugna entre los escritores inspirados ó entre los lugares de un mismo escritor, porque no es posible que el Espíritu de Dios, que menegó la pluma de aquellos varones santos, consintiese la más leve sombra de contradicción en sus propias Escrituras. Plena y omnimoda conveniencia luce entre todos los autores inspirados, si con atenta consideración se meditan y confieren.

Pero lo que más al presente importa advertir es, que no puede haber oposición entre las sagradas Letras y las ciencias modernas. Lo cual han de tener presente dos linajes de sabios en particular. Porque unos, con afán de realzar la dignidad de los divinos libros, caen en el extremo de considerarlos arsenal de ciencia, y texto y cátedra de conocimientos naturales; y no advierten que no son sino obras populares, escritas para instrucción religiosa del hombre, no para satisfacer la curiosidad de la gente de letras: y con harto motivo el escriturario P. Cornely juzga, que «erraría el comentador que tratase de alambicar y esforzar ciertos vocablos usados por los hagiógrafos, con ánimo de sacar de ellos conclusiones científicas».

No puede ser más llana la razón. Porque á la manera que aun el vulgo de los doctos, con tener ajustados conceptos de las cosas, usa de ordinario en la conversación, como solía decir Keplero, aquellas voces que expresan lo sensible y lo que al aspecto se ofrece, sin ahondar en las causas naturales; con mayor motivo los sagrados escritores, que no se precian de enseñar la íntima naturaleza de las cosas, paran en lo que se viene fácilmente á los ojos de todos; por lo que excusada

¹ *Introd. gener. in Sacr. Script.*, vol. 1: 1885, p. 585.

pretensión fuera pedir conclusiones y exactitud científica á libros tan populares. No se le pasó por alto este aviso al vasto ingenio de san Agustín: lamentándose de la tema que los expositoros de su tiempo manifestaban en abusar de las sagradas Letras, dice así: «Si los gentiles llegan á coger á un cristiano en yerros en cosas que ellos calan perfectamente, y le oyen blasonar de haberlas aprendido en los libros Santos, ¿qué remedio habrá luego para persuadirles con los mismos libros la resurrección de los muertos, la esperanza de la vida eterna y el reino de los cielos, si ya, por las cosas que saben de ciencia cierta, juzgan que están plagados de errores? Porque cuánta fatiga y pena causen á los hermanos prudentes los temerarios y presumidos, no puede fácilmente decirse; pues si alguna vez son amonestados y convencidos de sus falsas ó siniestras opiniones por aquellos que no van atados á la autoridad ni la tienen consideración, es cosa de ver con qué presteza, para sacar triunfante su liviana temeridad y clarísimos errores, ponen á pública vergüenza los libros Santos, y alegan de memoria lugares y sacuden la lengua terriblemente, moliendo sin parar, no entendiendo lo que parlan ni lo que asientan».

Otros caminan por senda contraria. Deseosos de subir hasta la coronilla de las estrellas los adelantamientos de las ciencias naturales, hacen asiento en las teorías de los sabios, cual si no pudieran descaecer ni perder su flor, y engendrase sospecha y menosprecio todo libro que les fuera contrario. Éstos no son cultivadores, sino profanos adoradores de las cosas naturales. Porque quien considere que cada año se sacan á luz nuevos sistemas, que sólo valen para mostrar la parte flaca de los caducados; quien observare que

¹ *De Genes. ad litter.*, l. 1, cap. xxi.

las opiniones que este año privaban más, serán ya trasnochadas y tendrán tufo de rancias el año que viene; quien atendiere á que cada seis meses podríamos escribir un nuevo comentario del Génesis, si á la fluctuante opinión hubiéramos de rendir parias, ¿cómo podrá tener puesta tan ilimitada confianza en esa ciencia de hogaño, que la crea libre de riesgo y digna de tanto respeto, y por el mismo caso ose dar en tierra con parte del venerando edificio de la Biblia? Luego si los naturalistas fían menos de la virtud de sus especulaciones, y los escriturarios cesan de buscar en la Biblia dictámenes científico-naturales, no quedará fallida la esperanza de concierto entre la ciencia y la Biblia, y no andaré tan maltratada

y en balanzas la verdad de las cosas— más, serán ya trasnochadas y tendrán tufo de rancias el año que viene; quien atendiere á que cada seis meses podríamos escribir un nuevo comentario del Génesis, si á la fluctuante opinión hubiéramos de rendir parias, ¿cómo podrá tener puesta tan ilimitada confianza en esa ciencia de hogaño, que la crea libre de riesgo y digna de tanto respeto, y por el mismo caso ose dar en tierra con parte del venerando edificio de la Biblia? Luego si los naturalistas fían menos de la virtud de sus especulaciones, y los escriturarios cesan de buscar en la Biblia dictámenes científico-naturales, no quedará fallida la esperanza de concierto entre la ciencia y la Biblia, y no andaré tan maltratada

¹ *Introd. Gener. in Sacr. Script.*, vol. 1, 1885, p. 180.

